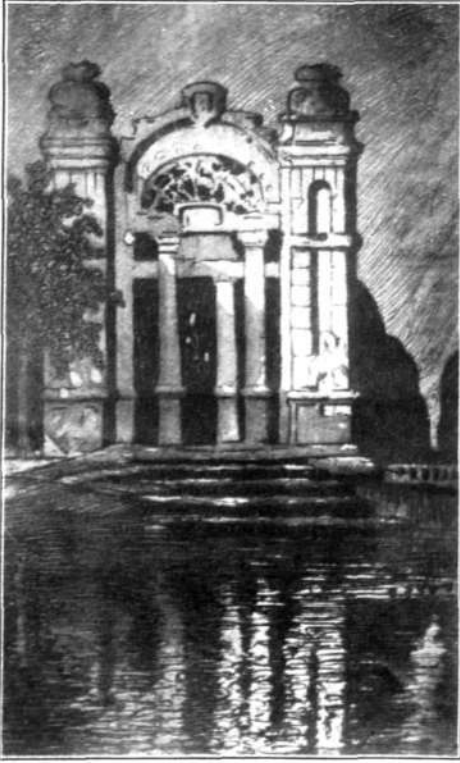


nen detalles admirables de observación. Lástima que artista tan dúctil como Vázquez se pierda casi siempre en el detalle, en el gesto, en el rasgo, con abandono del conjunto.



El palacio espectral. Aguafuerte de Castro Gil.

En el resto de la Exposición dominan los paisajistas, no sólo por la abundancia, sino por su interés. Junto a los briosos paisajes de Mir, debemos colocar los de Gómez Alarcón, llenos de luz, riquísimos de color y justos de calidad; los de Núñez Losada, de una extraña fuerza decorativa y de factura algo premiosa, pero limpios y sanos de estilo; los de Esteve, nuevo pintor valenciano, quizás la única revelación juvenil del certamen, que en su *Barra-ca de l'albercoquer* denuncia un lisonjero porvenir; los de González Ibarreta, un poco débiles de contrastes; los de García Lesmes, Eduardo Navarro, Brañer de Hoyo, Palao, Casimiro Gracia, Igual, Constantino Gómez, Rafael Forns, Rico Cejudo, Santiago Martínez, Rocha, Ruiz

Luna y algunos de artistas extranjeros, entre los que debe ocupar un lugar preeminente el belga León Londot.

Completan el Salón libre dos retratos y un estudio de Manuel Benedito, obras demostrativas de su maestría técnica; un cuadro de José Zaragoza, notabilísimo como todos los suyos; varios de Eugenio Hermoso, lozanos, jugosos y tranquilos; otros de Cruz Herrera, intensos de color; los de Alfonso Grosso, unos interiores de sugestiva calma, y los de Agustín López, clara evocación de la guerra; Benlliure (D. Juan y D. José), Covarsí, Miguel Angel del Pino (exquisito retratista), Cecilio Pla (desacertado en *La playa de Valencia*), Bartolomé Mongrell, Salvador Tuset, Vidal Corella, Robledano, D'Hoy, Luis Huidobro, Carlos Verger, Juan Francés, Leandro Osor, Maximino Peña, Juan L. López, Rodríguez Jaldón, doña Julia Alcayde, la señora María Corredoira, miss Nelly Harvey y algunos otros cuyos nombres no he podido retener.

Las demás obras de pintura, hasta el número de 860, no añaden importancia a la escasísima del Salón de Otoño.

La representación de la Escultura, con ser más pobre, resulta también menos interesante. ¿Qué diferencia entre este reducido grupito de escultores y aquel otro que dió esplendor inusitado a la última Exposición Nacional!

Exceptuados José Clará, el austero y recio artista catalán; Mateo Inurria, el apasionado escultor de la forma; el malogrado Julio Antonio, el ilustre Mariano Benlliure, Vicente Navarro, Vicent, Campos Sobrino y muy pocos más, atisbos de futuros felices, los otros expositores antes disminuyen que aumentan el prestigio de las Bellas Artes nacionales.

\* \* \*

Triste resumen el de esta Exposición de Otoño: mucho, pero casi todo malo. Lo poco bueno, en cantidad que pasa inadvertida. La mayoría de las firmas acreditadas, ausentes. Las que han concurrido, con obras como para salir del paso y no desairar a la Asociación de Pintores y Escultores. Ninguna tendencia original. Ninguna revelación importante de artistas ignorados. Ninguna audacia moza. Ningún atisbo de renovación artística.

Todo gris, monótono, frío, sedante, como estos días otoñales de luz cárdena y horizonte brumoso, en que la brillantez de la Naturaleza parece eclipsarse en una melancolía agotadora y flácida.

GIL FILLOL.

Madrid, Noviembre de 1920.

